



SOL BLANCO

De Lorena Salazar Masso

I

La llama de las velas como pájaros sobre candelabros. Rebeca frente a la pared blanca, curtida, ajada; blanca y rota la pared de la casona del pueblo. Esta noche, una entre cien, quedan paralizados dentro: los hijos, la gran madre, el viejo disoluto, el almendro. También ratas, moscas y lagartijas. Ojos abiertos, oídos abiertos, cuerpos cerrados. Pero no el de Rebeca, que se mece en la silla. Rebeca, la que sí puede moverse y habla con el sueño, se chupa el dedo y camina entre la gente de la casa, que solo puede mover los ojos. En la sala, quieta frente a la pared, arranca trozos de cal, los lleva a la boca y mastica frente a un hueco que mira como si allí pudiese leer el futuro. En la cal el pasado que mastica y desaparece, en el hueco el día de mañana. Frente a otra pared, se peina con los dedos, se arranca los nudos, y también los mastica. Descubre que tiene calor, entonces agarra un mechón del centro de su cabeza y lo hala hacia arriba, hace lo mismo tres veces más: se saca los soles y el fuego que tenía dentro recarga las velas, que avivan la llama. Frente a la gran madre, se sirve un plato de cal que adorna con santamarías del patio. Mastica con ojos dulces, mastica y mira el vestido, los pies de la gran madre: dedos como muchachitos gordos bajo un techo que es la uña. Y en cada uña deja Rebeca una flor.

II

Frente a los niños detenidos en el cuarto saca los huesos de los padres, los junta en el suelo formando una casa: paredes y un techo puntiagudo. Con el fémur sobrante dibuja sobre los niños otros niños que hablan como ella, que conocen una palabra para nombrar el último pedazo de sol que se esconde al atardecer, la primera guayaba que cuelga de un árbol y el olor de las piedras de los ríos. Sobre un fémur dibuja otro fémur, sobre los ojos, otros más negros, aguados. Sobre el corazón una fruta que ellos no conocen. Con cada trazo sobre los niños cae un trozo de pared al suelo, la casa está viva como están vivos los niños y los huesos de la huérfana. Los pedazos que caen los mete entre el bolsillo delantero del vestido negro, y de allí, mientras se mece en la silla, saca uno a uno, los mastica como galletas. A las tres de la madrugada: la boca de Rebeca blanca como la pared blanca y los ojos de los niños aguados, rotos.

III

En el patio, junto al almendro, el viejo mira a Rebeca, la niña parida por la casa, la niña verde, la niña canto de huesos. Nadie allí la recuerda, ni en otra parte la lloran. Arriba las nubes de paso. El almendro con experiencia en la quietud, apenas mueve las hojas como el viejo los ojos, de un lado a otro, hasta dejarlos anémicos. Tras el viejo pone Rebeca una vela, arrastra una silla hasta él y, encaramada allí, toma mechones de pelo: también a él le saca los soles. Ahora el viejo no piensa en nada, no busca fórmulas, no quiere oro: tiene frío, hielo entre las venas. Para devolverle el color, la niña quema los bordes de la ropa del viejo, pequeñas llamas que apaga con las palmas, y lo deja allí, en la oscuridad. Después, en esta noche entre cien, Rebeca arranca los últimos pedazos de pared, también le saca soles a la casa, y se encierra en el cuarto de atrás, entre mapas y cajas. Al canto del gallo, el viento arrecia y mata los pájaros en las velas. Aparece el sol en el cielo. Los cuerpos de la casona se mueven, a tientas llegan a la cocina, es la hora del desayuno. Sentados a la mesa, no pueden mirar los platos ni los huecos de las paredes ni la gran madre puede mirarse los dedos de los pies. Los ojos ahora duermen y el cuerpo busca llevarse algo a la boca.

Lorena Salazar Masso (Colombia). Es publicista y escritora, Magister en Narrativa por la Escuela de Escritores de Madrid. Esta herida llena de peces, su primera nove-

la, ha sido traducida al alemán, francés, italiano, inglés, neerlandés, polaco, checo, danés y portugués. En 2023 se publicará su segunda novela en Colombia y España.